

El valor de la Misericordia en San Vicente de Paúl

Paulino Sáez López, C.M.

“Cuando vayamos a ver a los pobres, hemos de entrar en sus sentimientos para sufrir con ellos y ponernos en las disposiciones de aquel gran apóstol que decía: *Omnibus omnia factus sum*, me he hecho todo para todos; de forma que no recaiga sobre nosotros la queja que antaño hizo nuestro Señor por boca de un profeta; *Sustinui qui simul mecum contristaretur, et non fuit*, esperé a ver si alguien se compadecía de mis sufrimientos, y no hubo nadie. Para ello es preciso que sepamos enternecer nuestros corazones y hacerlos capaces de sentir los sufrimientos y las miserias del prójimo, pidiendo a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el espíritu propio de Dios: pues, como dice la iglesia, es propio de Dios conceder su misericordia y dar este espíritu. Pidámosle, pues, a Dios, hermanos míos, que nos dé este espíritu de compasión y de misericordia, que nos llene de él, que nos lo conserve, de forma que quienes vean a un misionero puedan decir: «He aquí un hombre lleno de misericordia». Pensemos un poco en la necesidad que tenemos de misericordia, nosotros que debemos ejercitarla con los demás y llevar esa misericordia a toda clase de lugares, sufriendolo todo por misericordia”¹.

Así se expresaba San Vicente en la conferencia del 6 de agosto de 1656, sobre el espíritu de compasión y misericordia, en la que recuerda a los misioneros de Polonia y dice cómo han practicado esta virtud.

Voy a intentar presentar, deduciéndolo del texto, de qué modo vivió él, como persona, y en sus obras, esta virtud.

Los vocablos **misericordia**, **compasión** y **caridad** tienen muchos contenidos comunes y suelen ser usados como sinónimos indistintamente. Podríamos diferenciar estos términos, pero, por no tratarse de ciencia matemática, nos encontraríamos con líneas imprecisas.

La definición descriptiva que da el P. Celestino Fernández de “*misericordia*”, en su trabajo sobre “*Los Pobres*”, en el *Diccionario de espri-*

¹ SVP, XI, 233-234

tualidad vicenciana, nos aclara el concepto: «misericordia» en su sentido más genuino, profundo y etimológico, es «tener el corazón al lado del mísero».

No se trata de un mero sentimiento de compasión, que puede diluirse en sentimentalismo. Tampoco se reduce a las llamadas «obras de misericordia», que tienen el déficit de no llegar a las causas del sufrimiento y de la pobreza. Incluso, queda lejos del mero alivio de algunas necesidades esporádicas e individuales. Y, por supuesto, no tiene nada que ver con actitudes paternalistas, más o menos encubridoras de injusticias.

Desde el principio, San Vicente constató que lo que faltaba no eran tanto personas caritativas, cuanto organización de la caridad; pero no una caridad como sucedáneo de la justicia, sino una caridad que, supliendo a la justicia, clama por la justicia. Por eso, subraya en una carta del 8 de marzo de 1658 al Superior de Marsella: *“¡Que Dios nos conceda la gracia de enternecer nuestros corazones en favor de los miserables y de creer que, al socorrerles, estamos haciendo justicia y no misericordia”*².

San Vicente no inventa ni la misericordia, ni la compasión ni la caridad; lo que hace es encarnar en sí mismo la misericordia, la compasión y la caridad de Cristo y las lleva a la vida real.

Y es que la teología de Cristo puede resumirse en esta expresión: *“Misericordia quiero y no sacrificios”*³. De ordinario, los humanos queremos sacrificios, preferimos ritos que se palpen, pero Dios pide misericordia. La misericordia como algo interior, algo que sale del corazón. Dios no quiere sacrificios materiales, sino un amor que trabaje por la justicia, que nunca se excuse con un “eso no es asunto mío”.

Conviene que anticipemos la imagen del Padre del hijo pródigo para que descubramos en su actitud la esencia de lo que es la misericordia.

El Papa Juan Pablo II, en su encíclica “Dives in Misericordia”, dice: *“No hay lugar a dudas de que en esa analogía, sencilla pero penetrante, la figura del progenitor nos revela a Dios como Padre. El comportamiento del padre de la parábola, su modo de obrar que pone de manifiesto su actitud interior, nos permite hallar cada uno de los hilos de la visión veterotestamentaria de la misericordia, en una síntesis completamente nueva, llena de sencillez y de profundidad. El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo”*⁴.

² SVP, VII, 90

³ Mt. 9, 13

⁴ JP. II, Dives in Misericordia, n. 6

De tal manera que *«le vio su padre y, conmovido, corrió, le echó los brazos al cuello y le besó efusivamente»*.⁵

La caridad, en nuestros días, la entendemos y debemos entenderla como promoción y desarrollo. Trabajo por la justicia para que no sea necesaria la caridad. Y así lo expresaba ya nuestro santo: *“Los deberes de justicia son preferibles a los de caridad”*⁶.

Caridad, entendida no como compasión, como un sentimiento vago, sino como algo que motiva a la acción de amar al otro y procurar ayudarlo. La compasión es acercarse al otro, no para estar igual que él, sino para sacarlo de su situación, para librarlo de sus problemas. Es tenderle una mano e infundirle esperanza, con la convicción de que no está solo. Quien tiene el alma prendida de la compasión, no puede decir a nadie no puedo ayudarte. Pero sin sentimentalismos, limpiadores de conciencias, sino con obras de verdad.

Juan Pablo II, en la encíclica citada afirma: *“Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos está presente el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza...”* en contacto con toda la *«condición humana»* histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado *«misericordia»* en el lenguaje bíblico⁷.

En la caridad de San Vicente, la misericordia brilla mucho más que otras categorías, y esta misericordia es palpable en el trato con la gente. Y se hace más presente donde hay más sufrimiento, más dolor, más necesidad. Mientras que otros hablan de los pobres, en teoría, él irá a buscar a los pobres.

Se trata de una caridad inteligente y crítica. De ahí que, cuando aconseja a los misioneros, aparezca la preocupación por la justicia, la caridad y el buen ejemplo, pero sin ñoñerías: *“Hay que ser firmes, sin ser duros en nuestra actuación y evitar una mansedumbre fofa que no sirve para nada”*⁸.

⁵ Lc. 15, 20

⁶ SVP, VII, 525

⁷ D. in M., n. 3

⁸ SVP, IV, 555

Y sin distinciones de creencias. Las personas son como son, no por ser católicos o protestantes; y la justicia, por supuesto, no depende de las creencias; *“hay mucha diferencia entre ser católico y ser justo”*⁹, dirá.

*“En su acción caritativa, San Vicente no hace distinción entre católicos y protestantes; unos y otros pueden en igual medida beneficiarse de sus limosnas, cosa que una y otra vez recomienda a los padres encargados de distribuir los auxilios en las provincias devastadas por la guerra”*¹⁰.

La misericordia, si es como la quiere Dios, no tiene límites, la misericordia, si es como la de Dios, es para todos. Por eso: *“Es propio de los sacerdotes procurar tener misericordia de los criminales. No es proteger el crimen, sino ejercer misericordia”*¹¹

A este respecto dirá la “Dives in misericordia”: *“...es necesario constatar que Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, exigía al mismo tiempo a los hombres que a su vez se dejaran guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia del ethos evangélico”*¹².

Sería interesante hacer un recorrido por el número 4 de esta encíclica, en la que San Juan Pablo II va desmenuzando el contenido de la palabra “misericordia” tal como aparece en el Antiguo Testamento. Misericordia siempre divina, que siempre se compadece de los humanos.

Entresaco algunas ideas:

“El concepto de «misericordia» tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. Debemos remontarnos hasta ella para que resplandezca más plenamente la misericordia revelada por Cristo”.

“En la predicación de los profetas la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido”.

“Tanto el mal físico como el mal moral o pecado hacen que los hijos e hijas de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia”.

“Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como «Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad»”.

⁹ SVP, II, 376

¹⁰ S.E.V. de Salamanca, 1982, p. 68

¹¹ SVP, VII, 366

¹² D. in M., n.º 3

“Ya en el contexto de la Antigua Alianza anuncian de antemano la plena revelación de Dios que “es amor”¹³.

San Vicente ha entendido muy bien que Cristo se identifica con el pobre. Lo ha leído en el capítulo 25 de san Mateo, lo ha meditado y lo ha interiorizado. Si quiere seguir a Cristo, haciendo lo que Él hizo, no puede hacer otra cosa que servir a los pobres.

“Y si se le pregunta a nuestro Señor: ¿Qué es lo que has venido a hacer en la tierra? –A asistir a los pobres. – ¿A algo más? –A asistir a los pobres”¹⁴.

El Papa Juan Pablo II aclara quiénes son estos pobres: *“Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores. Con relación a éstos especialmente, Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. En tal signo visible, al igual que los hombres de aquel entonces, también los hombres de nuestros tiempos pueden ver al Padre”¹⁵.*

Mantenerse en la teoría, sería una compasión sin compromiso. No le valen los sentimentalismos, sin ninguna clase de acción. San Vicente se lo ha tomado en serio, de ahí que no se quede en la pura contemplación, sino que pase a la acción. Entiende que el lenguaje que alcanza más directamente al corazón es el de los hechos.

“Me preocupa la compañía, desde luego, pero no tanto como los pobres. Nosotros siempre podremos salir de apuros yéndonos a pedir pan a otras casas nuestras, si lo tienen, o a trabajar como vicarios en las parroquias, pero los pobres, ¿qué pueden hacer o dónde encontrarán con qué vivir? Ellos son mi peso y mi dolor”¹⁶.

Ha visto mucho sufrimiento, ha visto demasiada ignorancia, ha visto abundantísimas penurias... y ha ido cargando a la espalda de su conciencia, pobre tras pobre, de tal manera que no sólo le pesan, sino que le duelen. Los pobres, para el Sr. Vicente, son una realidad, no una imaginación. Son pobres, no un delito. Son personas, no contenedores de basura que se han de retirar de la ciudad en función de la belleza y de la herida ocular de los poderosos.

¹³ D. in M. , n. 4

¹⁴ SVP, XI, 34

¹⁵ D. in M., n. 3

¹⁶ Abelly, “La vie du vénérable serviteur de Dieu Vincent de Paul, Paris 1664, 1.3 c. 11, p. 120

Todo lo que va encontrando va haciendo que se abra el marco de su inquietud, porque todo lo que es sufrimiento le conmueve las entrañas y le mueve a ser misericordioso.

Pero con realismo. Como actualizando el proverbio chino, escribe al H^o Parre, que está siempre cerca de los necesitados, y le dice: *“También le rogamos que ayude a esas pobres gentes a ganarse la vida en este tiempo, dándoles algunos aperos para que puedan trabajar en la siega”*¹⁷.

Y sigue: *“Se querría igualmente que todos los pobres que carecen de tierras se ganasen la vida, tanto hombres como mujeres, dándoles a los hombres algún instrumento para trabajar y a las muchachas y mujeres ruecas y estopa y lana para hilar, y eso solamente a los más pobres (...) pero se hará un esfuerzo cuando nos haya indicado usted qué es lo que necesita absolutamente, poco más o menos, para esas tres cosas: las semillas, las herramientas y las reparaciones”*¹⁸.

Una gran vidriera rodea al sagrario de la capilla de la comunidad de Cartagena. Una hoguera asciende desde el sagrario. En un lateral, en otra vidriera, San Vicente sostiene a un niño sobre el brazo derecho; y, como puede, sostiene con el brazo izquierdo a un enfermo. El corazón, rojo, en el centro de la cruz, que cruza su pecho, recibe todo el ardor de la hoguera, que sale del sagrario. A todo el cuadro le rodean las mismas llamas que ascienden desde la fuente primera.

El tópico deslumbra. La imagen clama en el discurso más sonoro de quien intenta remediar, por participar de la caridad original, todas las necesidades que se presentan en su camino.

El Señor Vicente, por ser consciente de su verdadera misión en este mundo, se ha convertido en un Buen Samaritano.

Pero sería irreverente si, al hablar de San Vicente como buen samaritano, olvidara a san Lucas, que fue quien nos regaló uno de los relatos más entrañables del Evangelio. No sólo por la compasión que manifiesta el samaritano, por la que ha recibido el apelativo de “bueno”, sino porque sus entrañas de misericordia son las mismas que las del Padre, en la parábola del Padre y los dos hijos, el que se va y el que se queda, como hemos visto más arriba. Por los dos se le conmueven las entrañas. De la misma manera, las entrañas del Samaritano se conmovieron al ver al apaleado.

De estas entrañas de misericordia participa San Vicente, y se conmueve ante todas las necesidades que se le presentan. Todo lo que va encontrando, va haciendo que se vaya abriendo el marco de su inquietud.

¹⁷ SVP, VIII, 23

¹⁸ SVP, VIII, 66

tud, porque todo lo que significa sufrimiento hace que sus entrañas se conmuevan.

“La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— tiene la forma interior del amor, que en el Nuevo Testamento se llama agapé. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y «revalorizado»¹⁹. Así lo siente la Dives in Misericordia.

Para San Vicente, primero será la familia de enfermos en Folleville, como comienzo de su caridad organizada con las Cofradías. Serán después los pobres del campo los que reclamen su dolor por la falta de atención material y espiritual. E intentará dar alguna solución con las misiones y con la formación del clero. Más tarde aparecerán los galeotes, los niños abandonados, los deficientes mentales...

Para todo intenta encontrar alguna solución: Las Cofradías, la Congregación de la Misión, las Hijas de la Caridad...

La cuestión se la plantea desde la misión del Hijo de Dios en la tierra: Evangelizar a los pobres. Una evangelización integral, que es una atención total. En la conferencia sobre la finalidad de la Congregación, de 6 de diciembre de 1658, dirá a los misioneros:

“Si los sacerdotes se dedican al cuidado de los pobres, ¿no fue también éste el oficio de nuestro Señor y de muchos grandes santos, que no solo recomendaron el cuidado de los pobres, sino que los consolaron, animaron y cuidaron ellos mismos? ¿No son los pobres los miembros afligidos de nuestro Señor? ¿No son nuestros hermanos? Y si los sacerdotes los abandonan, ¿quién queréis que los asista? De modo que, si hay algunos entre nosotros que creen que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír estas agradables palabras del soberano Juez de vivos y muertos: “Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me cuidasteis”. Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto, y es lo que nuestro Señor practicó y tienen que practicar los que le representan en la tierra, por su cargo y por su carácter, como son los sacerdotes²⁰”.

¹⁹ D. in M., n. 6

²⁰ SVP, XI, 393

Idea en la que insiste, pocos meses antes de morir, el siete de febrero de 1660, al escribir a Santiago La Fosse, sacerdote de la Misión: *“Nuestra pequeña compañía se ha entregado a Dios para servir al pobre pueblo corporal y espiritualmente, y esto desde los comienzos, de forma que al mismo tiempo que trabaja por la salvación de las almas en las misiones, buscó un medio para atender a los enfermos con las cofradías de la Caridad”*²¹. Y le sigue hablando del modo en que la compañía ha ido sirviendo a los pobres en sus diversas manifestaciones.

Una realidad absolutamente actual, esta de la misericordia, por ser propia de la Iglesia de todos los tiempos. Como dirá el P. Pablo Domínguez en su trabajo inédito sobre “La nueva evangelización en Europa”, *“la Iglesia convoca y anuncia, cuando sus manos son, como las de Jesús, servidoras, dispuestas para tocar al leproso y lavar los pies a los discípulos; cuando anuncia de forma comprensible el misterio de la salvación en Jesucristo, rompiendo esquemas preconcebidos o desvirtuados de la fe cristiana”*.

San Vicente, después de profundizar en el ser y en el actuar de Jesucristo, se ha propuesto el verdadero seguimiento. Este Cristo, en versión del P. Pedro Opeka, fiel seguidor de San Vicente, es: *“El hombre más humilde de la tierra, el más cercano a sus amigos, el que me perdona setenta veces siete, el que siempre tiene amor, compasión y misericordia, el que me levanta y resucita de todo mal llenándome de alegría y paz. Es el que está caminando siempre por los pueblos, llamando a la puerta y nunca se cansa de hacerlo. Es el que te da fuerza y coraje para no tener miedo a nada ni a nadie, no duda de pasar por ridículo y morir en una cruz por ti y por mí. Es el que nos dio el Espíritu Santo y nos envió como pescadores de hombres por todo el mundo, y hace vivir para el reino de Dios”*.

*“Este Cristo tan cercano, es imitable. Es posible revestirse de sus sentimientos y hacer y seguir haciendo lo que Él hizo. ¡Qué grandes son los pobres!, pues el Hijo de Dios vino en persona a este mundo para evangelizarlos. Los pobres son lugar teológico. Ellos revelan a Cristo”*²². Afirma el P. José Ignacio Fernández De Mendoza.

Como en todos los tiempos, también en el de San Vicente había opiniones, si no enfrentadas, sí diferentes sobre los pobres.

Según Henry Kamen, *“dos visiones de los pobres muy distintas entre sí hubo entre los cristianos de esta época. Una de rancio abolengo hu-*

²¹ SVP, VIII, 226

²² José I. Fz. De Mendoza, Anales 1985, p. 598

manista y cristiano, afirmaba que el pobre merecía el buen trato de la sociedad porque ésta le había tratado mal. La otra, sostenida por algunos católicos, pero principalmente protestantes, afirmaba que los pobres sólo merecían castigo, porque su propia incapacidad les había puesto donde estaban”²³.

San Vicente participa de la primera opinión y así lo refleja en sus escritos. “¡Cómo! ¡Ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él! Eso es no tener caridad, es ser cristiano en pintura; es carecer de humanidad, es ser peor que las bestias”²⁴.

Tiene bien aprendida la lección: “lo que hicisteis a uno de éstos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”²⁵. De tal manera que la caridad será el lenguaje más significativo para la evangelización de los pobres. De hecho, quien piensa en San Vicente, piensa, sobre todo, en su Caridad. Y es cierto que, desde Chatillon, no sólo comenzó a hacer efectiva la caridad, sino que se convierte en el gran organizador de la caridad.

Pero su intención fundamental no fue sólo dar caridad alimentaria a los hambrientos, a pesar de ser lo más urgente, sino, y más importante, promover la dignidad de los Pobres. Ninguna persona que pasara hambre era indiferente para él; al contrario, se indignaba a causa de la multitud de hambrientos que vivían en las calles.

Para él, es necesario conocer la realidad del pobre, ver sus condiciones materiales y entender cuál es su situación como ser humano. De ahí que el trabajo vicenciano deba estar encaminado a promover cambios en la vida de los excluidos, proporcionándoles dignidad en todas las dimensiones humanas.

San Vicente no acepta, no puede aceptar, desde su experiencia y conocimiento de los pobres, la situación del pobre con fatalismo y resignación. Lo que hace es defender la dignidad y la libertad de los pobres ante la falsa caridad.

A la vez, no selecciona ningún tipo de pobreza, ni ningún tipo de pobres, sino que abarca todas las necesidades, y adonde no llega él y sus misioneros, llegarán las Hijas de la Caridad y las señoras de las Cofradías.

“Los pobres que no saben a dónde ir ni qué hacer, que sufren y se multiplican todos los días, constituyen mi peso y mi dolor”²⁶.

²³ H. Kamen., *El siglo de hierro*, ed. Lecturalia, Madrid 1977, p. 465

²⁴ SVP, XI, 561

²⁵ Mt., 25, 40

²⁶ Pedro Collet, I, 497

Y el P. Vicente de Dios añade: *“Nunca los criticó, siempre los consideró víctimas y no responsables de sus miserias. De lo que muchas veces les consideró responsables fue del buen comer y vivir de los demás”*²⁷.

Porque le pesan y le duelen los pobres, el Papa Juan Pablo II, en la homilía del 27-9-87, lo reconoce, desde las Bienaventuranzas, como hombre misericordioso: *“Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia”* (Mt. 5,7). *“Hoy estamos reunidos en esta plaza, ante la basílica que se levanta sobre la tumba del apóstol Pedro, para recordar a un hombre que hizo -de forma extraordinaria- de esta bienaventuranza el contenido de la propia vida y de la propia vocación: ¡San Vicente de Paúl!”*²⁸.

Estamos viendo cómo los pobres están en la raíz de todas las obras y de todas las Instituciones vicencianas. Y ellos constituyen la razón de ser de las mismas.

Pero San Vicente, hombre práctico, no se deja engañar por las apariencias, y el 26 de abril de 1651 escribe a Marcos Coglée, Superior de Sedán, en relación con los pobres y enfermos: *...“En efecto, apenas tenga uno fuerzas para trabajar, habrá que comprarles algunos utensilios conformes con su profesión, pero sin darle nada más. Según esto las limosnas no son para los que pueden trabajar en las fortificaciones o hacer otras cosas, sino para los pobres enfermos, los huérfanos o los ancianos”*²⁹.

Es una forma de promocionar al pobre, de hacerle tomar conciencia de su dignidad, de hacerle ver que tiene que ser él el primer agente de su propio desarrollo.

Idea que dejará muy clara, para nuestros días, el Concilio Vaticano II, en su Decreto sobre el Apostolado Seglar: *«Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas, y no sólo los efectos, de los males, y organizar los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos»*³⁰.

La misericordia adquiere su mayor expresión en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, que no es un espíritu, sino un hombre que come y bebe. *“Cristo proclama con las obras, más que con las palabras,*

²⁷ Vicente de Dios, Biografía, Mx., 1991, p. 257

²⁸ L'Osservatore Romano, 4-X-1987

²⁹ SVP, IV, 180

³⁰ V. II, Apostolado Seglar, n.º 8

la apelación a la misericordia que es uno de los componentes esenciales del ethos evangélico³¹, dirá la Dives in M.

De ahí que Jesucristo sea el centro de atención de Vicente de Paúl; pero, al serle inabarcable, se fija en los rasgos que más le impresionan: El Verbo de Dios hecho hombre. Su humanidad; el paso por la tierra, de aldea en aldea: Misionero; su acercamiento y aprecio a los pobres y enfermos.

A esos pobres y enfermos a los que la “buena” sociedad margina; y que, en el evangelio de san Mateo, Jesús se identifica con ellos.

A estos pobres es a los que tenemos que servir, pues son “*nuestros amos y señores*”, dirá San Vicente. “...*busquemos incluso a los más pobres y desamparados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios*”³².

Y hay que servirles como primera obligación. En algún tiempo ha podido sonar como ocurrente, pero poco piadosa esta expresión de San Vicente a las Hijas de la Caridad: “*Si fuera voluntad de Dios que tuvieseis que asistir a un enfermo en domingo, en vez de ir a oír la misa, aunque fuera obligación, habría que hacerlo. A eso se le llama dejar a Dios por Dios*”³³.

Después de escuchar a San Vicente, pocas dudas pueden quedar sobre lo que debemos hacer y el cómo debemos hacerlo, como Familia Vicenciana. El realismo de nuestro santo debe llevarnos a una espiritualidad que convierta nuestro quehacer en a favor de los pobres en amor afectivo, sí, pero también, y sobre todo, efectivo.

“*Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, -nos dice- pero que sea a costa del sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros semejantes afectos y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy buenos y deseables, resultan sospechosos, cuando no se llega a la práctica del amor efectivo... Hemos de tener cuidado en esto; porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos... No, no nos engañemos: “Totum opus nostrum in operatione consistit”³⁴ (todo nuestro quehacer consiste en la acción)*”.

³¹ D. in M., n. 3

³² SVP, XI, 273

³³ SVP, IX, 725

³⁴ SVP, XI, 733

En estas palabras encontramos que, ante los pobres, no podemos quedarnos en una espiritualidad intimista y teórica, sino que el mismo San Vicente nos lanza a la acción: “... *vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados*”³⁵.

Esta fe y esta experiencia de Vicente de Paúl, con voluntad de servicio a los pobres, descubierta y clarificada en contacto vivencial con ellos, se plasma en tres Instituciones: las *Cofradías de la Caridad o Caridades* (hoy llamadas *Voluntarias de la Caridad*), la *Congregación de la Misión* y la *Compañía de las Hijas de la Caridad*.

Se suele considerar que las comunidades religiosas nacen como un aporte profético, en su función denunciadora, queriendo modificar situaciones poco evangélicas en un tiempo determinado. Luego, se va perdiendo el fervor primero, del que habla el Apocalipsis a la Iglesia de Éfeso, aparecen las estructuras encorsetadoras y se levantan muros de protección. Y aparece el miedo al riesgo y al futuro.

Eso puede haber sido después, al principio no fue así.

En el año 1617 nace el Vicente de Paúl de la misión y de la caridad. Hay que organizar la Misión y hay que organizar la Caridad. Ambas tendrán cumplido cumplimiento los años 1617, 1625 y 1633, con la fundación de las Cofradías, de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad.

En 1617, una casualidad providente, la familia enferma de Chatillón, sin medicinas, sin alimentos ni cuidados, hace que se le oprima el corazón a él y que contagie a todos los feligreses para que amparen a aquellos que están desamparados. Pero inmediatamente se da cuenta de que es demasiado grande la procesión caritativa momentánea y que será necesario prolongar en el tiempo, sin que se enfrien, esos primeros fervores.

Y, así, el 23 de agosto de 1617 reúne a un grupo de piadosas señoras del pueblo y las anima a crear una asociación para asistir a los pobres enfermos de la villa. (SVP. XIV, p. 125). Han nacido las Cofradías de la Caridad.

Y dirá el P. J. M^a Román: “*Gracias a las Caridades, la Iglesia mostró su rostro de madre a los desvalidos. En una época en que seguía vigente la visión despectiva de la mujer como mera sierva del varón, o, lo que es*

³⁵ SVP, XI, 273

peor, como instrumento del diablo, Vicente de Paúl le otorgó el primer puesto en la tarea más noble de la Iglesia: la proclamación de la Caridad”³⁶.

Con el tiempo, serán también ellas, no sin reticencias, sociales y morales, las que lleven adelante la atención a los niños abandonados, junto con las Hijas de la Caridad.

*“Bien, señoras: la compasión y la caridad les han hecho adoptar a estas pequeñas criaturas como hijos suyos; ustedes han sido sus madres según la gracia desde que los abandonaron sus madres según la naturaleza. Dejen ahora de ser sus madres para convertirse en sus jueces. Su vida y su muerte están en manos de ustedes.; voy a recoger ahora sus votos y sus opiniones. Va siendo hora de que pronuncien ustedes su sentencia y de que todos sepamos si quieren tener misericordia con ellos. Si continúan ustedes ofreciéndoles sus caritativos cuidados, vivirán. Por el contrario, si los abandonan, morirán y perecerán sin remedio”*³⁷.

Esta escena, tan dramática, impresiona sobremanera en la película de San Vicente, hermosamente ambientada la escena en el guión de Jean Anouilh.

También verá el año 1617 el nacimiento afectivo de otra de las Instituciones de San Vicente, después de la confesión del campesino de Gannes: La Congregación de la Misión. Si todo comenzó en Châtillon, no fue menos fructuosa la experiencia de Folléville. El problema del anciano moribundo hace que sienta necesaria la predicación a aquellos campesinos que, agradecidos y conmovidos, se presentaron en masa a hacer confesión general. Vicente, además de su palabra, tiene, para ponerla en su palabra, su ardiente compasión por aquellos hermanos suyos abandonados.

*“Era el mes de enero de 1617 cuando sucedió esto: el día de la conversión de San Pablo, que es el 25, la señora (de Gondí) me pidió que tuviera un sermón en la iglesia de Folléville para exhortar a sus habitantes a la confesión general. Así lo hice: les hablé de su importancia y utilidad, y luego les señalé la manera de hacerlo debidamente... Aquel fue el primer sermón de la misión”*³⁸.

Y ese día, 25 de enero de 1617, será considerado como el día del comienzo afectivo de la Congregación.

³⁶ José M^a Román, Biografía de SVP, 451

³⁷ SVP, X, 943

³⁸ SVP, XI, 700

La caridad con los pobres constituye a quienes la ejercen en verdaderos sirvientes, en criados de los pobres, que, a su vez, son “sus amos y señores”.

“Así, pues, hermanos míos –les decía a los misioneros- vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y desamparados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros amos y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios”³⁹.

Son estos factores los que hacen que vayan naciendo los distintas obras de San Vicente, todas en función del servicio a los pobres. Servicio material y servicio espiritual. Así se lo comunica el año 1639, por carta, a la Madre Jeanne de Chantal:

“Y, como desea saber en qué consiste nuestra pequeña manera de vivir, le diré, mi dignísima Madre, que nuestra compañía se ha instituido para ir de aldea en aldea a sus expensas, predicar, catequizar y hacer que el pobre pueblo haga confesión general de toda su vida pasada, trabajar en el arreglo de las diferencias que allí encontremos, y hacer todo lo posible para que los pobres enfermos sean asistidos corporal y espiritualmente por la cofradía de la Caridad compuesta por mujeres, que establecemos en los lugares en que hacemos misión, y que lo desean”⁴⁰.

Aunque, llegado el momento, la guerra fundamentalmente, a pesar de que, en principio, como acabamos de ver, había pensado en la pobre gente del campo, su corazón no se detiene y necesita atender a los que se han refugiado en la ciudad. Así le escribe al P. Lamberto en junio de 1652: *“Como no podemos ir a misionar al campo, ya que la pobre gente anda esparcida por un sitio y por otro, pues han escapado de sus casas por temor a los malos tratos de los soldados, nos hemos decidido a tener una misión con los que se han refugiado en París y hemos comenzado hoy mismo en nuestra propia iglesia con 800 de esas pobres perdonas alojadas por estos barrios, luego iremos a los otros. También han ido algunos padres nuestros a empezar otra misión con los refugiados de san Nicolás”⁴¹.*

Estamos en el año 1633. Santa Luisa y San Vicente ya han comenzado a trabajar juntos, desde hace varios años. Los dos, gemelos en entrañas de misericordia, van a seguir trabajando juntos por los pobres durante mucho tiempo.

³⁹ SVP, XI, 273

⁴⁰ SVP, I, 550

⁴¹ SVP, IV, 381

Algunas de las Damas de la Caridad, después del entusiasmo inicial, no acostumbradas al servicio y al trabajo duro, van delegando en sus criadas la atención a los pobres. Esto no le gusta a San Vicente, que quiere dedicación plena. Y la Providencia responde a su deseo.

“Es entonces cuando se presenta Margarita Naseau (1595-1633), sencilla aldeana, para emplearse en aquellos menesteres más humildes que no podrían desempeñar las Damas de las Cofradías. Con un amor del todo evangélico se hace la sierva de los más abandonados”⁴².

Ese mismo año, 1633, se agrupan varias jóvenes para formar comunidad, bajo la tutela de santa Luisa. De esta forma nace la Compañía de las Hijas de la Caridad, con una vocación estable de servicio a los pobres, que es lo que de verdad ansiaba San Vicente.

Él mismo justificará: *“Pero como las damas que componen esta cofradía son en gran parte de elevada condición, que no le permite realizar las funciones más bajas y vulgares que es preciso llevar a cabo en el ejercicio de dicho cofradía, como llevar el puchero por la ciudad, hacer las sangrías y las lavativas, curar llagas, hacer camas, velar enfermos que están solos y próximos a morir, han tomado algunas jóvenes campesinas, a las que Dios ha dado el deseo de asistir a los pobres enfermos, para que se entreguen a todos esos pequeños servicios, después de haberlas preparado para ello por medio de una virtuosa viuda...*

Y lo que es más digno de consideración en el trabajo de estas pobres jóvenes es que, además del servicio corporal que les hacen a los pobres enfermos, procuran contribuir a su ayuda espiritual de la forma que pueden...”⁴³.

Estas jóvenes, según sabemos, tenían muy claro qué es lo que querían y qué es lo que debían hacer, para ser fieles a su vocación. Y le advierten al mismo San Vicente que atender a una persona que no tiene necesidad no es misericordia, de ahí que San Vicente se encuentre sorprendido por algunas respuestas de estas Hermanas y las asume en cuanto que tienen su fundamento en la fidelidad a la vocación.

“Ayer, como me urgía la señora Combalet para que le enviase a la joven, y que era para ella, hablé sobre este asunto con María Denyse, pues me parecía la más indicada; pero ella me dio una respuesta digna de una joven que tiene vocación de Dios en la Caridad, que fue que había dejado a su padre y a su madre para entregarse al servicio de los pobres

⁴² Constituciones de las HH. de la C., 1.2

⁴³ SVP, II, 467

*por amor de Dios, y que me rogaba la excusase si no podía cambiar de planes para ir a servir a esa gran dama*⁴⁴.

Desde 1632, cuando se establece en San Lázaro, su caridad va ampliando el campo y hace frente a necesidades nuevas y, desde la fundación de la Compañía, las Hijas de la Caridad van socorriendo todas las necesidades que se les presentan.

Todo género de miserias: *Niños abandonados, galeotes, mendigos...* no eran los únicos a los que atender. La pobreza tenía otras mil caras. Es típico de la caridad de San Vicente haberlas reconocido todas y no haberse negado a ninguna, por sí mismo o por sus instituciones.

No fue menor su preocupación por solucionar el tema de la *formación del clero*. Desde que le alertó la señora de Gondi sobre la ignorancia del clero, se le ensombreció el semblante porque *“un pueblo es lo que es su sacerdote”*. Y en la repetición de oración del 25 de enero de 1655, sobre los orígenes de la Congregación, les recordó a los misioneros: *“Pues bien, el hecho es que, al confesarse un día la citada señora con su párroco, se dio cuenta de que éste no le daba la absolución, murmuraba algo entre dientes, haciendo lo mismo otras veces que se confesó con él... [...] “Cuando ella me lo dijo, me fijé y puse más atención en aquellos con quienes me confesaba, y vi que, efectivamente, que era verdad todo esto y que algunos no sabían las palabras de la absolución”*⁴⁵.

Primero fueron los ejercicios a ordenados, que comenzaron el día 17 de septiembre de 1628, y los consideró San Vicente como *“el depósito más rico y más precioso que la Iglesia podía poner en nuestras manos”*⁴⁶.

Después, desde el año 1633, tiene en sus manos una herramienta que representará un avance importante en ese camino: las *“Conferencias de los martes”*.

Y, por último, la preocupación por el clero asume formas nuevas con la fundación de los seminarios a partir de 1635.

Los *galeotes* fueron para San Vicente otra de las innumerables clases de pobres que debían ser socorridos. Puesto que ninguna de ellas podía ser excluida de la caridad cristiana. De tal manera que les dirá a los misioneros que se trata de otra manera más de atender a los necesitados.

⁴⁴ SVP, I, 356

⁴⁵ SVP, XI, 95

⁴⁶ José M^a Román, San Vicente de Paúl, B.A.C., 195

Y a las Hijas de la Caridad las exhorta a servir a esos pobres presos, que él ha visto que les tratan como a bestias. Por eso, en la pluma de San Vicente, esta terrible institución se reviste de humanidad y de rostros concretos y doloridos.

*“No menos preocupado del bien espiritual que del material de los galeotes, siguió visitando las cárceles y desplegando en ellas su celo con predicaciones de estilo misionero, que tuvieron un éxito superior a todo lo esperado”*⁴⁷.

Recurriendo al tópico, la misericordia es la causa transversal de todas las obras de caridad de Vicente de Paúl. Se ha dejado encarnar en el espíritu de Jesucristo y ha encarnado ese espíritu en todo cuanto hace. De ahí que su hacer revierta a lo que hace el Hijo en nombre del Padre para manifestar cómo es el Padre. Un Padre bueno, lleno de misericordia, a quien se le conmueven las entrañas ante todos tus hijos.

Y él, Vicente de Paúl, por sus hijos, los pobres, es capaz de todo. Hasta de enfrentarse con los más poderosos, sin importarle lo que le pueda suceder.

Cualquiera que se acerque, aunque sea someramente, a la vida de Vicente de Paúl, se encontrará con una ingente suma de acciones arriesgadas, denuncias proféticas, compromiso por la justicia, actitudes y palabras encaminadas a impedir, por todos los medios a su alcance, que la sociedad continúe fabricando más pobres. Destaca, por el riesgo, su entrevista con el primer ministro Richelieu para pedirle abiertamente el cese de la guerra; y su oposición pública y radical a la política explotadora del pueblo campesino trazada por el cardenal Mazarino: *«Monseñor, échese al mar y se calmará la tempestad»*⁴⁸, que le costó el destierro.

Por todo lo antedicho, podemos afirmar que San Vicente sigue siendo muy actual. *“Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo. No obstante múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos”*⁴⁹, dice el Papa Juan Pablo II, en la D. in M. n° 6.

De la actualidad de San Vicente nos hablan estos documentos, que son como un eco del texto propuesto a nuestra reflexión: El día 7 de diciembre de 1965, en la alocución pronunciada por el Papa Pablo VI, con la que clausuró el concilio Vaticano segundo, entre otras cosas,

⁴⁷ José M^a Román, San Vicente de Paul, B.A.C., p. 144

⁴⁸ Pedro Coste, El gran santo del gran siglo, CEME, Salamanca, 1991, t. II, p. 404

⁴⁹ D. in. M., n. 6

dijo: “Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes, cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por las lágrimas o por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (Mt. 25, 40), el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos reconocer el rostro del Padre celestial, quien me ve a mí ve al Padre (Jn. 14, 9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico, tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”⁵⁰.

Estas palabras del Papa Pablo VI constatan abiertamente la actualidad de nuestro santo. Como si San Vicente hubiese estado en el Concilio Vaticano II o como si hubiese sido el inspirador de parte del mismo. San Vicente fundamenta en el mismo texto de San Mateo, capítulo 25, su actitud ante los pobres. En ellos ve el rostro de Cristo y trata a los pobres como trataría a Cristo.

San Vicente, lleno de las entrañas de misericordia, dirá que los pobres son: “*personas, imagen de Dios, hermanos nuestros, miembros dolientes y distinguidos del cuerpo de Cristo, destinatarios y depositarios principales del evangelio, introductores del Reino de Dios, encarnación y representación de Jesucristo, tranquilizadores en la hora de la muerte, intercesores en el cielo, amos y señores*”⁵¹.

Sumemos a estas ideas las del Papa Benedicto XVI, en su mensaje para la Jornada mundial del enfermo, de este año 2011, en el que afirmaba: “*Si cada hombre es hermano nuestro, tanto más el débil, el sufriente y necesitado de cuidados deben estar en el centro de nuestra atención, para que ninguno de ellos se sienta olvidado o marginado*”.

Y citándose a sí mismo, en el mismo documento, recuerda el número 38 de su segunda Carta Encíclica, Spe Salvi, donde dice: “*La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a hacer que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. [...] En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío*”⁵².

⁵⁰ Pablo VI, alocución. final, Vaticano II

⁵¹ A. Orcajo, El seguimiento de Jesús según Vicente de Paúl, Ed. La Milagrosa, Madrid, 1990, p. 77

⁵² Benedicto XVI, Spes Salvi, n. 38

A quienes estamos acostumbrados al lenguaje de San Vicente, no nos resultan nuevos ni el texto de Pablo VI ni el de Benedicto XVI. Son una constatación de que las preocupaciones de San Vicente en su tiempo siguen siendo las mismas en el nuestro, lo que constata que, saltando el tiempo, las ideas de San Vicente son absolutamente válidas para nuestros días. No debemos olvidar las palabras del Señor: “*siempre tendréis pobres entre vosotros*”⁵³.

Recapitulando, si estamos al lado del mísero, como vicencianos no podemos responder con verdadera misericordia a las necesidades de los pobres, si antes no penetramos en los mecanismos que producen la pobreza, la marginación y la exclusión, si no intentamos que desaparezcan las «estructuras de pecado» o «mecanismos perversos»⁵⁴.

Dejemos abierta la puerta a la esperanza ya que, parafraseando al P. José María Román, en el último párrafo de su obra “*San Vicente de Paúl*”, son muchísimas las personas que, en la actualidad, trabajan y luchan en la Iglesia por mantener vivo el espíritu de Vicente de Paúl, sin duda, hoy, tan necesario como siempre.

⁵³ Mt., 26, 11

⁵⁴ Juan Pablo II, Sollicitudo rei sociales, n.º 63